

Y aquí llegaba en sus reflexiones, cuando se le ocurrió una idea naturalísima, que en rigor hubiese debido ser la primera en la serie de las que le preocupaban, y que le dejó helado, confuso. ¿Tendría ella libertad para escucharle y para sentir lo que él sentía? ¿Sería aún dueña de sí misma, ó estaría ligada á otro hombre? El supuesto afirmativo de esta segunda pregunta, le produjo una oleada de amargura que le inundó el corazón y le turbó la cabeza. Toda la ansiedad primitiva se trocó en un miedo terrible, que le hizo temblar como por efecto de un susto. Cayeron una á una sus ilusiones, faltas ahora de base, y, por reacción natural, se inclinó á la solución contraria á sus deseos. ¡Habían pasado tantos años! ¡Su abandono había sido tan grande! Como siempre que esperamos fundadamente una mala noticia, quería retrasar el momento de saberla, agarrándose al consuelo de la ignorancia, de los minutos ganados á la realidad. Pero el tormento de la duda reapareció bien pronto. Luchó Juan consigo mismo, vaciló. Una y otra vez hizo el ademán de salir y se contuvo.

Hasta él llegaban las voces, cada vez más altas y alegres, de los convidados. Creyó oír de pronto, entre ellas, la vocecita metálica, un poco ronca y grave, que le hablaba de tantas cosas bellas en otro tiempo; y en un arranque que rompió todas sus vacilaciones, salió de la habitación y subió velozmente las escaleras.

■■■■■■■■■■

XXXIV

En la puerta del comedor detúvose Juan un momento. Le palpitaba el corazón violentamente y quiso estar seguro de su presencia de ánimo, antes de exponerse á las miradas de los visitantes. En cuanto entró, empezaron los llamamientos y las recriminaciones amistosas.

— ¡Pero hombre! ¡Es usted de lo más raro que conozco! — exclamó Isolina con su habitual franqueza. — Tan pronto está usted hablando con las gentes, como las deja con la palabra en la boca.

— Mil perdones — contestó Juan. — La creí á usted ocupada en otras cosas y recordé de pronto un encargo urgente que había de llevarse Gamba, á quien vi marchar por la alameda.

— Bueno, perdonado. Y ahora, siéntese usted á merendar.

— ¡Aunque usted no quiera, amigo mío! — gritó al otro lado de la mesa la voz de Amparo, con cierto dejo de reproche.

Juan había visto desde el primer momento á la viuda, á cuyo lado estaba sentada la forastera; pero buscó el modo de retrasar un poco más el temible encuentro, haciéndose el desentendido. Al ser llamado, ya no cabía más demora. Hizo un nuevo esfuerzo para dominarse completamente y se dirigió hacia Amparo, sonriendo. La forastera fingía comer con gran tranquilidad un racimo de uvas; pero si alguien se hubiera fijado en ella de una manera especial, hubiese notado que palidecía, y que su rostro acentuaba la expresión de dureza que tan mal se combinaba en él con los demás rasgos característicos.

Juan extremó sus cumplidos para con la viuda, pero ésta le interrumpió á las pocas palabras.

— Voy á presentarle á usted... ¡Andrea!

Juan sintió que le aumentaban las palpitaciones. ¿Qué haría aquella mujer? ¿Demostraría conocerle? ¿Fingiría no haberle visto en su vida? Se miraron; y á pesar de la enorme presión que cada cual quiso hacer sobre sí mismo, la emoción interior se transparentó en sus caras. Juan balbuceó un saludo cortés. Andrea se limitó á inclinar ligeramente la cabeza, como si se tratase de un desconocido. Pero la viuda no se dejó engañar. Su experiencia del mundo y su malicia adivinaron algo de lo que realmente pasaba y se prometió averiguarlo completamente. Trató, por lo pronto, de que Juan se sentase en una silla próxima. Pero don Vicente había acudido ya y solicitaba venia para llevarse á su sobrino:

— Perdone usted, Amparo. Hay allí unos señores que desean conocer á Juan. Se lo devuelvo á usted pronto.

De pie, junto á una mesita llena de botellas y vasos y de bandejas de dulces, un grupo de hombres bebía y fumaba, charlando alegremente. Eran todos, á excepción de Llorca, que se había unido á ellos, personas formales, más ó menos entradas ó próximas á la vejez. Don Vicente hizo las presentaciones. Estaban allí el señor Roig, el de los anónimos; don Wenceslao Franchinetti, un médico homeópata de Levantina, de origen italiano; Pepe Samper, comerciante de raza, ejemplo vivo de los encumbramientos rápidos á fuerza de laboriosidad y de ingenio, y orador impenitente en cuantas ocasiones se ofrecían, y don Ciro, que se había arriesgado á perturbar sus costumbres moderadas, una de cuyas reglas consistía en acostarse á prima noche, sólo por el gusto de ver á Juan. Como no podía menos, éste se convirtió en centro de las conversaciones. Cada cual quiso, en competencia laudable, ilustrar al señor de Uceda respecto de su respectiva persona y de las ideas que profesaba tocante á puntos de trascendencia suma. El señor Roig habló mal de todos los ausentes, como era su costumbre. Franchinetti preguntó á Juan si creía en el espiritismo, aunque de antemano suponía que sí, pues persona «de tanta ilustración», ni podía desconocer las obras de Allan-Kardec y sus continuadores, ni dejar de hacer la debida justicia á doctrina tan admirable. Samper era republicano,

pero gubernamental, por lo que solía mantenerse fuera de la política activa, porque «el partido estaba deshecho» y no quería comprometerse sin saber á dónde iba y con quién; pero se desquitaba de esta reserva en la Cámara de Comercio, donde siempre estaba inventando «iniciativas» que paraban, ó mejor dicho, que empezaban y concluían en sendos discursos suyos, sembrados de flores retóricas, de palabras mal pronunciadas y de frases hechas, recogidas de los discursos de «don Emilio», que había sido su ídolo, y de los cinco ó seis periódicos que leía á diario. Pero, con esto y todo, se veía al momento en él al hombre franco, sencillo y trabajador, que lo mismo tomaba el tren para concertar una venta de géneros en todo sitio que le pareciera á propósito, como desclavaba cajones á la puerta de su almacén, en mangas de camisa y sudando la gota gorda. Eso sí, ni martillo en mano abandonaba sus pujos oratorios; pero vendía que era un contento.

Don Ciro traía un regalo á Juan: una preciosa edición elzevir de Virgilio, que era una joya tipográfica.

— Soy un pobre viejo — le dijo — y ya no puedo ni aun leer mucho tiempo seguido. Usted, que es hombre de gusto, apreciará este recuerdo que, además, le puede ser grato hojear en esta ocasión. Ahí están las *Geórgicas*. ¿Se acuerda?

Y empezó á recitar versos, con una precisión admirable.

— ¿Y los pájaros, don Ciro? — preguntó Juan, después de agradecer mucho el obsequio.

— Apenas cazo, amigo mío. Me va faltando la vista. En la caseta de Isolina, donde usted me vió, se está cómodamente; pero también me cuesta trabajo salir y entrar en aquel agujero. Ahora estoy adiestrando en el arte á un sobrinito mío... Pero los chicos son crueles para los pájaros. Tengo siempre el alma en un hilo... Ha de venir usted á ver mi pajarera — siguió el anciano, brillándole los ojos de gusto. — Es muy grande y la tengo bien cuidada. Casi todos son pájaros de otros países. Aquí hay pocos, á no ser gorriones...

— ¿No caza usted gorriones?

— No, no. ¿Para qué? No cantan...

— Pero se comen — saltó Samper, que buscaba la manera de terciar en la conversación para apoderarse de Juan y exponerle sus ideas político-económicas.

— ¡Dios me libre! — exclamó don Ciro. — Jámás he matado un pájaro, ni sería capaz de comerlo.

— Pues fritos están de primera. ¿Verdad, don Juan? Algunos he comido yo en la esquina de la plaza de Santa Ana, al lado del teatro...

Franchinetti, que era hombre solemne, mesurado, de pocas palabras y éstas sentenciosas, rababa también por atraer nuevamente á Juan, para sondearle en punto al espiritismo. Le parecía imposible que aquel señor tan ilustre no fuese en poco ó en mucho espiritista. Mientras espiaba la ocasión oportuna, aparentaba escuchar á Llorca, hacia quien sentía el más profundo desprecio, por

«reaccionario», y con quien solía discutir alguna que otra vez, no muchas, pues ambos eran violentos y se enfadaban pronto. Aquel día Llorca no estaba de humor. Le dominaba el erotismo y hablaba de mujeres, pasando revista á las de la reunión. Cuando llegó á Andrea se expresó en términos calurosos.

— Me gusta mucho esa mujer, mucho. Fíjese usted, don Wenceslao. No cumple ya los treinta, por supuesto; pero ¡qué joven, qué fresca está! Mirándole la cara, cualquiera diría que es una niña. ¡Qué labios más rojos!... ¡Y si viera usted cómo habla!

— ¿Mucho, eh? — preguntó el médico con algo de socarronería.

— No, hombre. Habla bien. Revela cultura; algo más que esa pedante de Amparo. Las he traído en mi jardinera, y durante el camino, le digo á usted que daba gusto escucharla.

Desde que había oído el nombre de Andrea en labios de Llorca, Juan no atendía ya ni á Samper, ni á don Ciro, ni á Roig quien, de vez en cuando, soltaba á don Vicente y terciaba en la conversación de los otros. Le molestó mucho que aquel hombre hablase de Andrea. Hubiese querido imponerle silencio, gritarle que nadie más que él, Juan, tenía derecho á ocuparse en aquella mujer. Y arrebatado por unos celos repentinos é insensatos, miraba alternativamente á Andrea y á Llorca, como queriendo sorprender entre ellos algún signo de inteligencia. Llorca advirtió estos movimientos,

pero hubo de interpretarlos de manera bien lejana de la realidad.

— ¿También á usted le choca la forastera, eh? — dijo en voz baja á Juan. — ¿No es verdad que es muy simpática y que está muy joven? ¿Cuántos años le echaría usted?

— Ninguno. Eso de los años es una descortesía tratándose de señoras — contestó Juan secamente. — Y el ocuparse en ello, también.

Dió media vuelta y salió del grupo, acompañando á don Ciro, que se acercaba á la mesa grande.

Llorca quedó atónito.

— ¿Qué mosca le habrá picado á Uceda? — se dijo. — No, pues yo no me quedo con esta en el cuerpo. Ya me llegará la vez y verá don Juan cómo sabe devolver Llorca las groserías.

■■■■■■■■■■

XXXV

Ni una sola vez miró Andrea hacia donde estaba Juan. Amparo no echó en saco roto esta circunstancia, verdaderamente chocante, porque su amiga hablaba con todo el mundo y aparentaba un humor alegre, bromista, que le hacía cruzar frases de un lado á otro de la mesa.

Cuando se levantaron para marchar al pueblo, donde ya se oían los toques de la dulzaina llamando á las bailadoras, Amparo hizo por encontrarse con Isolina y cuchicheó un momento con ella.

— Me parece que aquí hay misterio — dijo. — ¿Quieres ayudarme á descubrirlo?

— ¿De qué se trata?

— ¿Te has fijado en Andrea y Juan?

— No. ¿Se han gustado el uno al otro? ¿Hay un caso de amor repentino?

— Más que eso. El uno y el otro han afectado no conocerse. Pero para mí, no es la primera vez

que se ven. Procuraré sonsacar á Andrea. Trata tú de hacer hablar á Juan.

— Conformes.

El pacto estaba hecho; y desde aquel instante, Uceda y su antigua amiga iban á ser vigilados estrechamente.

La noche era sin luna, pero despejada y caliente. Las estrellas brillaban con esa fuerza peculiar de los países levantinos, de ambiente diáfano, que recuerda el brillo traicionero de las noches de helada en Castilla. Don-Wenceslao, muy fuerte en astronomía gracias á las frecuentes lecturas de Flammarion, halló motivo para repetir, á propósito de la habitabilidad de los mundos, sus tanteos propagandistas, en lo que era infatigable y á prueba de desengaños; pero Juan hurtó el cuerpo hábilmente, y Franchinetti tuvo que contentarse con hablar del asunto á Samper, que era oyente seguro de todos los hombres en quienes reconocía autoridad y ciencia, aunque tomaba luego desquites tremendos.

Juan iba buscando un acompañante que le distrajese poco y á quien pudiese abandonar en el momento oportuno. Su plan consistía en aprovechar la confusión que naturalmente se produciría en la plaza, mal alumbrada y llena de gente, para acercarse á Andrea y tratar de hablarle. Buscó primero á don Ciro; luego acompañó un poco á doña Micaela que, por uno de esos movimientos naturales en todo grupo numeroso, quedó momentáneamente sola; y fué así distanciándose de los

hombres que, salvo Cristóbal, Verdú y otros pollos, iban á retaguardia.

A medida que se acercaban al pueblo, aumentaba el número de gentes que de todas partes acudían al baile. Se las oía andar y hablar á larga distancia; y de pronto, al penetrar en el estrecho horizonte que traza la levísima luz nocturna de los campos, destacábanse los bultos como masas informes, negras, que, por lo general, según uso y costumbre tradicionales, pasaban sin dar las buenas noches. Tenía aquel parecer continuo de hombres y mujeres que, al punto, se sumían de nuevo en la sombra, cierto misterio poético, que convidaba á soñar y á buscar sentido oculto á cosas perfectamente naturales. No obstante su preocupación, Juan llegó á sentir esa impresión misteriosa y poética que, sin saber por qué, no obstante la alegría que en todos rebosaba, le entristeció, refluendo sobre su ánimo inquieto. Delante de él, muy cerca, caminaba Andrea, con Eugenia y Amparo. Casi no las veía; pero las oía hablar, volvía á oír aquella voz que, en lo más característico, no había variado de como era en otros tiempos y que sobreexcitaba la evocación del pasado. La reserva de Andrea, negándose á reconocerlo, la juzgaba muy diversamente, según el flujo y reflujo de sus esperanzas y pesimismo. Por un lado, creíala prudente y hasta necesaria para evitar averiguaciones de terceros; por otro, parecíale signo de un profundo rencor ó de un desprecio humillante. Sentía con esto más y más vivo el deseo de saber, por fin, á qué atenerse.

Cuando llegaron á la plaza, la animación era grandísima. Los bailadores empezaban á acudir y se reunían hacia el centro, al lado de la dulzaina y el tambor, que seguían tocando rodeados de chiquillos, algunos de los cuales sostenían antorchas encendidas que arrojaban un resplandor rojo y vacilante, proyectando sombras enormes en el suelo y en los muros de las casas próximas. Salvo algunos puestos de dulces, torraos y avellanas, todas las tiendas habían desaparecido y se podía circular más libremente que por el día. En cuanto don Vicente y sus convidados fueron vistos por los del pueblo, empezaron los saludos. Acercáronse el alcalde y los demás conterturlios de costumbre. El alcalde se empeñó en que fueran á su casa, á sentarse y «á tomar algo». La mayoría prefirió quedarse allí, al aire libre, esperando que comenzase el baile. Juan procuraba mantenerse aislado, en la sombra, ó trababa conversaciones rápidas, preocupado por su propósito de acercarse á Andrea. Cuando menos creía conseguirlo, un movimiento de la gente, que reculaba para formar el círculo dentro del cual habían de colocarse las parejas, separó á Andrea de sus acompañantes y la llevó al lado de Juan, sin que se diera cuenta de ello. Él la sintió, pegada á su cuerpo por el empuje de los otros; aspiró el levísimo perfume de violeta que se escapaba de sus vestidos y, al intentar hablarle, un temblor nervioso le hizo vacilar, á la vez que la garganta parecía secársele y dolerle como si se la oprimieran. Fué un ins-

tante de orgasmo y de vacilación no más; pero cuando Juan recobró su presencia de ánimo, la ocasión estaba ya perdida. Amparo, á fuerza de codazos, había avanzado hacia ellos y Juan comprendió que toda palabra suya sería una imprudencia. Quiso entonces alejarse y la viuda no le dejó. Quería ella carearlos, y suscitó una conversación en que necesariamente tenían que intervenir los dos jóvenes. Fué para ambos un suplicio terrible que, de haber más luz, se les hubiera conocido en la cara; pero Andrea mantuvo su voz serena é indiferente, y Juan, que al principio contestaba con monosílabos, consiguió al fin dominarse.

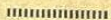
El baile había empezado. Sonaban las castañuelas acompasadamente, rimando los golpes del tambor sobre los cuales se elevaba la tranquila melodía de la dulzaina, que sólo en algunos compases adquiría cierta animación dentro de su mismo ritmo. Las parejas movíanse con cierta gracia serena, sin descomponerse nunca, ni aun cuando hacían uno de los pasos rápidos, ligeros, que los espectadores jaleaban con gritos. E iban pasando, una tras otra, combinándose dos á dos en ciertos momentos, fantásticas y vagas á la luz incierta y movable de las antorchas de esparto y brea que se consumían muy deprisa, arrojando chispas brillantes á cada sacudida de los muchachos. Una de las parejas iba vestida con el traje clásico; él, de pantalón corto, negro, chaleco crema bordado en colores y chaquetilla con botonadura de plata;

ella, de falda de seda rameada, delantal finísimo, justillo vistoso, grandes arracadas y alta peineta, que brillaba sobre el moño alto, de un negro intenso. Al verles, pensábase en lo que serían aquellas danzas cuando los aldeanos conservaban íntegros, con sus costumbres, sus trajes pintorescos, que el siglo XVIII animó con los más luminosos colores y enriqueció con sus sedas y bordados. Ya era poco frecuente el hallar esas supervivencias; y á la vez que el vestido caía en la uniformidad vulgar de los tiempos presentes, el arte de la danza perdíase atropellado por los bailes de salón, menos artísticos y poéticos.

Ni Andrea ni Juan gozaron realmente de aquel espectáculo. Uno y otro pensaban en su situación respectiva, violenta y oscura en cuanto á la solución. Andrea había comprendido que Juan buscaba ocasión para hablarle. Al principio, se rebeló contra este propósito. No quería oírle, no. La herida de su alma sangraba aún y le producía oleadas de rencor, que la apartaban de aquel hombre. Luego, sin darse cuenta, fué cediendo á la idea de que Juan se le acercase, halagada, en el fondo, de que volviese á ella, de que su recuerdo viviese aún en él y, ganosa, por otro lado, de lanzarle á la cara todas las frases de enojo que se le agolpaban en los labios. Pero estaba resuelta á no hacer por su parte nada para que esto ocurriese. Al revés de Juan, la poesía de los recuerdos no producía en ella un retorno del afecto antiguo, sino del desencanto que le hizo sufrir tan profundamente. El

amor propio podía en ella más que nada; y, juntamente con él, la conciencia clarísima de que Juan ya no era, no podía ser, después de tantos años de apartamiento, lo que había sido cuando la ilusión embellecía los sentimientos.

Juan sí; á medida que avanzaban las horas, iba sintiendo que se levantaba más fuerte y avasalladora la poesía de aquel amor, que parecía resucitar en su alma con la energía de antes.



XXXVI

Cuando terminaron las danzas era ya tarde, y las señoras no quisieron esperar más. Las forasteras deseaban volverse á sus quintas, y aunque alguien indicó que sería curioso ver la fiesta de pólvora, los más se negaron, sobre todo porque sabían lo que era una *cordá*, y con toda razón les infundía respeto.

— Es un espectáculo bárbaro — dijo don Wenceslao. — Disparan cohetes sueltos, y cuando no restallan bien y no hieren ó chamuscan á unos cuantos espectadores, éstos gritan que la fiesta no vale nada, que es de salvado en vez de pólvora.

Regresaron, pues, á Ronesa para montar en los coches. Apenas salieron del pueblo, Isolina, que había estado observando lo ocurrido durante el baile, creyó la ocasión oportuna para sondear á Juan.

Habíase éste apartado de Andrea, convencido de la inutilidad de sus tentativas mientras Am-